

del libro. Además de la muy justa celebración de un autor y de una obra de trascendencia y calidad, en dos de los artículos se propone un énfasis en algunos aspectos no ficcionales derivados de la escritura de Abad Faciolince y se cuestiona la pertinencia y relevancia de sus posiciones y opiniones como sujeto público. Alba L. Delgado y Simón Henao, en “El país imaginado en las columnas de opinión”, el tercero de los seis textos de la primera parte del volumen, sostienen que Abad Faciolince está todavía inmerso en una visión colonial de una sociedad en la que funge como letrado y juega un papel antagónico de lo popular. Más allá de la tragedia personal del asesinato de su padre, que lo sitúa como una más de las víctimas de un interminable conflicto, Abad Faciolince ve a las minorías (por ejemplo, mujeres, afrodescendientes, pobres y actores civiles nacionales e internacionales del conflicto) como parte de la barbarie, en una perspectiva dicotómica, en la que él, el letrado, forma parte de la civilización. A través de un detallado análisis de los campos semánticos con los que opera Abad Faciolince en sus columnas, los autores llegan a la conclusión de que en su papel de generador de opinión se inscribe dentro de una tradición conservadora que sistemáticamente ha pretendido borrar su responsabilidad en el ejercicio de la violencia. Una conclusión no muy distinta a la que llega Kristine Vanden Berghe en “Un duelo con la sicaresca”, el último de los artículos del volumen. A partir de una confrontación con el “gusto narcotizado” de producciones culturales literarias y de televisión, según la autora, Abad Facio-

lince, además de situarse en el lado más conservador del espectro ideológico y compartir los valores hegemónicos de la élite culta, estigmatiza ciertas formas de la cultura popular y lo que él considera mal gusto, como la falta de cultura y la criminalidad de distintos grupos sociales, para embarcarse en una cruzada personal y simbólica en favor de ideales de higiene y pureza.

Por supuesto el libro consigue, por encima de todo, establecer un consenso en las virtudes de la obra de Abad Faciolince y en su notable prosa. Quesada y Vanden Berghen, como editoras, y todos los colaboradores, merecen entonces un reconocimiento por el aporte, la pertinencia y la importancia de un libro que es definitivamente imperativo leer.

Ómar Vargas

University of Miami

Tomás Regalado López. *Historia personal del Crack. Entrevistas críticas*. Valencia: Albatros (Serie Palabras de América), 2018. 278 pp.

Transcurridas casi dos décadas desde el cambio de siglo, no escasean las tentativas de cartografiar las rutas seguidas por la literatura latinoamericana tanto finisecular como del siglo XXI. Una de las propuestas más destacadas es la que nos brinda la serie Palabras de América, publicada en la editorial valenciana Albatros y coordinada por Oswaldo Estrada (University of North Carolina at Chapel Hill), Pablo Brescia (University of South Florida) y Ana Gallego Cuiñas (Universidad de Granada). Desde 2014 este sello ha

abrigado hasta el momento la publicación de siete volúmenes de una calidad sostenida que procuran detectar y ahondar en los puntos cardinales de la producción literaria más actual en español.

Con total coherencia temática se inserta aquí *Historia personal del Crack. Entrevistas críticas* –quinta aportación a la citada serie– que contiene tanto una indagación teórica como un conjunto de entrevistas realizadas por el profesor e investigador Tomás Regalado López (James Madison University). El volumen se enmarca en el vigésimo aniversario de la primera lectura del “Manifiesto Crack” (1996) (firmado entonces por Jorge Volpi, Eloy Urroz, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou y Ricardo Chávez Castañeda), hito que ratificaron con la difusión de un “Postmanifiesto del Crack, 1996-2016”. El libro que nos ocupa ha de entenderse, por tanto, como un balance sereno y riguroso de lo que entrañó el Crack e implica hoy en la narrativa mexicana; todo ello con la perspectiva holgada que pueden conceder dos décadas: las que se han cumplido desde la concesión del premio Biblioteca Breve a Jorge Volpi por *En busca de Klingsor* (1999), verdadera catapulta que situó al grupo en el gran tablero de la nueva narrativa contemporánea en español.

Es contrastada la solvencia con que Regalado López viene publicando en torno a la literatura mexicana contemporánea. Amén de su participación en el volumen misceláneo *Crack. Instrucciones de uso* (2004), este ha entregado numerosos trabajos críticos que puntean épocas y aspectos varios de esta narrativa mexicana de los últimos

decenios y, con particular asiduidad, sobre algunos integrantes del Crack como Eloy Urroz, el malogrado Ignacio Padilla o mayormente Jorge Volpi, a cuya obra consagró una extensa tesis doctoral defendida en la Universidad de Salamanca en 2009.

Resulta elocuente cómo, en las primeras páginas, empieza el autor por fijar sus afinidades electivas. En este sentido, destaca el gesto admirativo del crítico hacia textos como *Los nuestros* (1967) (*Into the Mainstream*, 1966) de Luis Harss y también al José Donoso de *Historia personal del Boom* (1972). Ello es sintomático del lugar de intersección en que desea ubicar su aporte. En dirección análoga va la bipartición nítida que Regalado elige para la estructura del libro: “la parte del crítico” –que antecede a “la parte de los escritores”– espejea, claro está, la primera de las cinco secciones que integran *2666* (2004) de Roberto Bolaño. No es baladí tampoco el guiño al chileno, verdadero parteaguas en el cambio de centuria y figura bajo cuyo magisterio se orientaron las distintas promociones narrativas que por entonces emergían.

La contribución arranca con un prólogo donde se deja sentado que la constitución del campo literario mexicano es proclive al agrupamiento realizado por los escritores mismos y, en segunda instancia, a ulteriores reagrupamientos que la crítica ha operado con menor o mayor acierto. Que la generación del Crack participa de esa inercia grupal se nos aclara desde la primera línea del prólogo, titulado “Esa abstracción simplista y didáctica clasificada como Crack”. No es ociosa esta paráfrasis confesa que Regalado López realiza

de Guillermo Sheridan a propósito de los Contemporáneos. Asimilar ambos grupos implica, de partida, reconocer al Crack como maquinaria acumuladora de capital simbólico; supone distinguir además la presencia de una nomenclatura funcional, de circulación exitosa por los canales de la crítica; y, lo más importante, significa situar al Crack en las coordenadas estéticas de los Contemporáneos, esto es, lejos de las alharacas de un rupturismo radical y cerca de la fisura revisionista con que remozar aspectos de cierta narrativa mexicana que consideraban periclitada.

Fiel a estos puntos, la generosa introducción —“la parte del crítico”— provee un anclaje teórico fundamental que da equilibrio al conjunto de la contribución. Esta balanza sobre aspectos ampliamente discutidos por el compilador en otros lugares de su producción crítica, pero que hace converger aquí diestramente. Siguiendo los lineamientos de Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (1992), Regalado maneja para su objeto de estudio estrategias como la premiación, las mediaciones editoriales o las pugnas terminológicas, las tensiones entre grupos literarios, el periodismo cultural y la crítica académica, las traducciones, los congresos de escritores o la publicación de antologías en tanto “señas distintivas”, validadoras y legitimadoras dentro del campo literario.

El autor nos brinda, así, un texto magníficamente articulado que ilumina la vertiente conceptual del tema tratado y que nos obsequia con una exhaustiva arqueología de esa fisura llamada Crack, desbrozando

elementos de su intrahistoria, pero ante todo delineándola con precisión en sus contornos más extradiegéticos y diríase sociológicos. El estudioso rastrea los vectores decisivos en la conformación del grupo mexicano, subrayando cómo aquello que, en su génesis animó un carácter lúdico, fue adquiriendo carta de naturaleza hasta propiciar un ruidoso “corrimiento de tierras” en el mapa de las narrativas hispánicas de entresiglos.

No en balde, por su extensión, densidad y profusión informativa, este apartado bien podría haberse erigido *per se* en un estudio monográfico independiente sobre la cuestión. Ello no obsta para que el autor ponga adecuadamente en contexto su tema recorriendo otros manifiestos y movimientos literarios latinoamericanos. En este punto, el estudio amplía su alcance y el profesor que se acerque hallará además un recorrido sistemático y útil por el efervescente panorama de las narrativas finiseculares en español.

Dicho recorrido actúa como pórtico de acceso a “La parte de los escritores”: una suerte de reservado donde el autor despliega siete entrevistas grabadas en México, Estados Unidos y España (actualizadas y corregidas en colaboración con los autores). La entrevista no oficia aquí entonces como comparsa de la teoría, sino como una forma de restañar esa “expropiación” crítica de la que habría sido víctima el grupo. En este sentido, una de las más llamativas fortalezas del libro es la capacidad de Regalado para ir deslindando las envolventes estrategias de la crítica, mostrando la maraña de conceptualizaciones, reprocesamientos, mal-

entendidos y hasta fetichizaciones que acompañaron la recepción del grupo para, a través de la conversación, retornar a la fuente primigenia: la voz de quienes lo gestaron.

La disposición de las entrevistas sigue a su vez el orden de incorporación de los siete escritores a la idea de Crack. Cada conversación viene precedida de una esclarecedora nota biobibliográfica que transporta cómodamente al lector en la transición a la entrevista. La condición de académicos de buena parte del grupo resulta en respuestas de un denso culturalismo, pródigas en reflexiones con un alto grado de autoconciencia escritural. En ello mucho tiene que ver la pericia del entrevistador quien, mediante afinadas preguntas, establece un vínculo activo que lleva el diálogo en unas ocasiones a los límites de lo autobiográfico y, en otras, se aproxima a una suerte de fluidos microensayos tejidos al alimón entre ambos interlocutores.

La palabra “entrevista” recupera aquí su sentido más etimológico de “entrever”, de mecanismo que permite vislumbrar entre visillos aspectos sustantivos del hecho creador. Así, las respuestas dejan a la vista el flujo de la experiencia y el desfile de nombres, reuniones, vaivenes críticos, magisterios o hábitos de escritura. La idiosincrasia dialógica de la entrevista aporta al volumen un evidente carácter informativo, aunque también afirmativo de poéticas e incluso deformativo, si por ello entendemos la vista oral con el escritor como un epitexto más (Arfuch), ficción ensanchada donde forjar una figura de autor a la postre pregnante

para los distintos agentes mediadores en el campo.

Por otro lado, las entrevistas muestran palmariamente la diferencia entre la médula del grupo, constituida por Volpi, Palou, Padilla y Urroz, quienes asumen conscientemente ciertas tesis galvanizadoras del Crack, frente a la posición voluntariamente periférica ocupada por Estivill, Herrasti y Chávez Castañeda, cuyas actitudes oscilan entre la distancia prudente del primero y un cierto descreimiento del último respecto a lo que ha supuesto el fenómeno Crack. Es interesante comprobar –y este es uno de los grandes logros del estudio– cómo el entrevistador lanza deliberadamente una serie de preguntas fijas a cada autor interrogado, cuyas respuestas no se encadenan en sarta; antes bien, se cuartejan al modo de un caleidoscopio que arroja las convergencias, tuteos, claroscuros y percepciones en disenso que permearon la constitución del grupo y que siguen trufando hoy no pocos intentos de desmarque generacional en las letras del subcontinente.

Asimismo, resultan solventes aquellas preguntas particulares proyectadas sobre la singularidad de cada obra narrativa, pues dan lugar a afirmaciones jugosas respecto a ciertas paradojas del campo literario, como cuando Chávez Castañeda apunta su posición ambigua dentro de un grupo al que se propuso –sin éxito– dejar de pertenecer, porque tal decisión había pasado a corresponder a una crítica que define como “la fiesta de la inclusión y la exclusión” (233), o como cuando Eloy Urroz señala que el Crack “agitó” las aguas de tal forma que

logró revisibilizar la narrativa mexicana en España con un efecto paradójicamente retroactivo: “¿Cómo era que yo estaba siendo reeditado en España cuando Inés Arredondo, la mejor cuentista mexicana del siglo XX, era una completa desconocida? ¿Cómo empezaban a traducirme a mí antes que a Pitol o Elizondo? Era insólito y nos habla de un problema de profundo desconocimiento. El Crack, en gran medida, ha conseguido resarcir parte de esto” (131-132).

A lo largo del estudio, cuaja la idea de que el Crack ha legado frutos narrativos perdurables ya asentados en el canon, a la vez que propició una intelectualización en la narrativa mexicana del momento gracias a infligir un cambio en el *habitus* lector (Bourdieu). Ello cohabita, no obstante, con la tesis de que el Crack encerró también algo de escenografía tramada en torno a una amistad, que hizo fortuna entre la crítica: una ficción, como afirma Chávez Castañeda, que termina engendrando una realidad por cuanto “desde entonces nos hemos maravillado de cómo se van inventando, teorizando, vertebando esencias para ese concepto” (234).

En suma, recogiendo en haz los distintos frentes acometidos en el libro, el lector hallará en él múltiples valencias, ligadas en buena medida a su hibridez: es en primera instancia un volumen para académicos centrados en este sector de los estudios literarios mexicanos. La elección del formato entrevista le confiere al estudio una versatilidad y legibilidad notables, sorteando los riesgos de la rigidez o el hermetismo que a menudo planean sobre las contri-

buciones de cariz académico: entre las “rendijas” del rigor teórico asoma la calidez humana de la conversación, la reafirmación en algunos presupuestos, pero también esa mirada al pasado depara en los autores interpelados no pocos momentos de confesión y autocrítica, cuando no de arrepentimiento ante ciertas palabras o hechos pretéritos.

La presente puede leerse, a mayores, como una propuesta teórica acerca de las inercias y dinámicas del campo literario mucho más orgánica de lo que a primera vista pudiera delatar la fisonomía ágil y coral que le confieren las entrevistas. Aparte de su valor inmanente en tanto balance y pesquisa, *Historia personal del Crack. Entrevistas críticas* es un libro de estimulante lectura, que rebasa los confines geográficos anunciados por su título para adquirir un alcance transatlántico, porque transatlántica fue también la longitud de onda del Crack, coetánea de fenómenos como la antología *McOndo*, la Nueva Narrativa Argentina, la Generación mutante colombiana, la Nueva Narrativa Chilena o los “Novísimos” en Cuba.

La exhaustiva bibliografía crítica final recoge tanto referencias directas como textos mencionados a lo largo de las charlas bien por el entrevistador, bien por los autores, detalle este muy de agradecer pues agiliza eventuales consultas del lector en torno a un periodo literario y editorial tan tumultuoso como ramificado. En su decurso, el volumen abre “respiraderos” al exterior, dejando a su paso inquisiciones sobre el significado, las implicaciones y hasta la viabilidad de ser escritor latinoamericano en el siglo XXI.

Todo ello hace del estudio un referente inexcusable para quienes, desde la historia y la sociología literaria, deseen ahondar tanto en el legado de este significativo grupo mexicano como en la reorganización del canon literario por él promovido en las narrativas hispánicas de entresiglos. Retomando el final de cada diálogo, no queda sino dar a Tomás Regalado López las gracias por estas conversaciones literarias y por un volumen que es ya, en sí mismo, una pieza muy relevante del capital simbólico amasado por el Crack en nuestros días.

José Manuel González Álvarez
Universität Erlangen-Nürnberg

Jorge Eslava. *Zona de Encuentro. Lecturas urgentes para educación secundaria*. Lima: Universidad de Lima, 2017. 593 pp.

Jorge Eslava, escritor y profesor universitario peruano, nos entrega *Zona de encuentro. Lecturas urgentes para educación secundaria*, un libro que contiene treinta y seis diálogos sostenidos por el propio Eslava con un grupo de interlocutores, entre ellos: historiadores, profesores especialistas en literatura, escritores, poetas y dramaturgos destacados en sus respectivos ámbitos profesionales. Cada diálogo presentado por Eslava resulta una reflexión acerca de algunos de los textos más representativos de las ciencias sociales y la literatura peruana escritos en el siglo XX. La selección, a juicio de Eslava, responde a aquellos textos que en su momento fueron insurgentes o incomprendidos. Por otra parte, el objetivo de *Zona de encuentro* es brindar

a los profesores del nivel secundario una selección de algunos textos que invitan al cuestionamiento y reflexión acerca de la cultura peruana.

Todos los diálogos, en primer lugar, son precedidos por los datos bibliográficos y la imagen del libro en cuestión; en segundo lugar, se percibe el aspecto emotivo: los retratos de los interlocutores redactados por Eslava. La estructura interna de los diálogos se encuentra delimitada por una serie de acápites que permiten al locutor contextualizar la formulación de las preguntas a los interlocutores. Las respuestas resultan agudas, contundentes, reflexivas, sugerentes, irreverentes, cuestionadoras y retadoras. Eslava dialoga con los interlocutores de manera amena, ágil, perspicaz, sutil, amable y respetuosa.

El libro consta de dos partes. La primera se titula: “Realidad nacional” y está conformada por nueve diálogos; la segunda lleva por título “Literatura” y comprende veintisiete diálogos divididos en los siguientes subtítulos: poesía, novela, cuento y teatro. Aquí presentamos algunas ideas expresadas por los interlocutores a partir del corpus sugerido por Eslava.

Primera parte. En relación con los *Siete ensayos de la interpretación de la realidad peruana* (1928) de José Carlos Mariátegui, Roberto Reyes destaca de las reflexiones del Amauta el promover una praxis basada en el marxismo mediante un discurso contundente que llegase a despertar en las masas la conciencia de clase. Sobre *La promesa de la vida peruana* (1943) de Jorge Basadre, Carlos Rojas sostiene que una de las promesas no logradas —enfaticada por Basadre— fue el